

Extinción

—Nunca habría imaginado que moriría en un lugar así —dijo Aleksandr, observando la batalla que estaba teniendo lugar a su alrededor sin poder hacer nada. Un bláster enemigo les había alcanzado casi al principio de la contienda, dejándolos a la deriva en ese vacío de caos silencioso. Helen y Satoshi, sus dos compañeros, seguían intentando poner en marcha la nave, sin éxito.

—Si no vas a ayudar al menos cállate, novato —respondió la capitana Helen, la mujer más alta y estricta que Aleksandr había conocido jamás. Hacía rato que reiniciaba una y otra vez todos los sistemas con la esperanza de que funcionaran por arte de magia.

—¿Es que no habéis visto lo que hay allí fuera? —preguntó Aleksandr. Delante suyo, el panel de control era un sinfín de luces rojas parpadeantes—. Ni cien mil de estos nuevos cazas estelares podrían hacer frente a algo así.

Una nave del tamaño de un rascacielos esperaba pacientemente en el borde del campo de batalla. Por la forma parecía una medusa o calamar, pero de metal, y estaba rodeada por cientos de miles de cazas con la misma forma.

—Así que esto es lo que encontró la misión Shorai IX hace tantos años —dijo Satoshi, observando la flota enemiga—. ¿A quién diantres le pareció que sería una buena idea abordar una nave de esas?

—Ahora eso da igual —dijo Helen, sin apartar la vista del cuadro de mandos, que volvió a fallar—. Nos enfrentamos a la extinción de nuestra especie, tenemos que luchar.

Justo delante suyo un blaster alcanzó otro caza humano, abriendo un agujero del tamaño de una puerta en el lateral de la cabina. Helen, Aleksandr y Satoshi se quedaron mirando en silencio como el casco de la nave se desgarraba violentamente y los tres pilotos eran inevitablemente succionados hacia el exterior. Dos de ellos se congelaron rápidamente, probablemente porque el traje se les había dañado, y el tercero se quedó flotando impotente sin poder ni siquiera frenar la rotación.

—Misión Shorai X, aquí control —sonó por la radio—. Los cazas enemigos están a punto de llegar a nuestra atmósfera. Retiraos del campo de batalla y defended vuestro mundo. Cambio y corto.

Al instante, miles de cazas humanos abandonaron sus formaciones y se dirigieron a la Tierra.

—¿Pero qué cojones son esas órdenes?! —preguntó Helen por la radio, observando horrorizada como muchos de sus compañeros eran destruidos durante esa precaria maniobra. Al no recibir respuesta, dio un fuerte puñetazo contra su panel—. Estamos solos, o hacemos algo, o moriremos. Satoshi, eres el ingeniero más brillante que conozco, seguro que puedes solucionar esto.

—Lo he revisado todo, Helen —respondió Satoshi—. El sistema primario de soporte vital no responde, igual que los controles, pero los motores, la radio y soporte vital secundario no están dañados. No tiene ningún sentido...

—¿Por qué? —preguntó Helen. Aleksandr seguía embozado mirando por la ventana como cientos de miles de calamares de metal se desplazaban en formación hacia la Tierra.

—Un blaster no puede dañar esos sistemas sin agujerear la cabina —dijo Satoshi, levantándose y andando hacia la parte trasera—. Están detrás de esta pared, pero aquí seguimos, respirando y sin pasar frío.

—¿No puede haber entrado por detrás? —preguntó Helen, acercándose donde estaba Satoshi—. La cabina está sellada, podríamos sobrevivir aunque la parte trasera estuviese dañada.

—Como he dicho antes, ni el motor ni la radio están dañados, por lo que es imposible que el blaster nos alcanzara por la parte trasera —explicó Satoshi—. Tampoco por debajo, ya que no había enemigos en esa dirección.

—Entonces solo puede haber una respuesta —intervino Alexandr, sin girarse—. El disparo nos rozó, dañando algún cable y cortando la conexión entre el ordenador central y los demás sistemas sin llegar a agujerear el casco.

—¿Es eso posible, Satoshi? —preguntó Helen.

—Técnicamente, sí —respondió el ingeniero—. Aunque altamente improbable. Pero si tiene razón, significaría que tanto el ordenador central como el generador de oxígeno siguen intactos.

—¿Eso es genial! —exclamó Helen, volviendo a su sitio.

—No lo es —dijo Alexandr secamente—. Si mi teoría es cierta, la única manera de repararlo es que alguien salga y lo arregle.

—Oh... —dijo Helen, perdiendo la esperanzas tan rápido como las había recobrado.

—Veo que lo entiendes —dijo Alexandr—. Y aunque alguien se ofrezca voluntario para salir, no hay garantías de que consiga encontrar y reparar el cable a tiempo.

—Existe un modo —dijo Satoshi, abriendo una compuerta en el suelo y examinando el interior—, aunque conllevaría arriesgarnos los tres, en lugar de solo uno.

—¿Por qué no venís aquí y disfrutáis de las vistas conmigo? —dijo Alexandr—. Quizás presenciaremos el final de nuestra especie y todo.

Helen le miró con desprecio, y le ignoró, volviendo a la parte trasera de la cabina con Satoshi.

—Cuéntanos —le dijo.

—¿Recuerdas lo que decían de los nuevos sistemas activos de control termal que instalaron en los cazas? —preguntó Satoshi.

—¿Los qué...? —preguntó Helen.

—Los climatizadores —aclaró Satoshi, suspirando.

—¡Ah! Oí algo, pero la verdad, no presté mucha atención —contestó Helen, agachándose y mirando lo que estaba haciendo el ingeniero.

Satoshi la miró, pero al ver que lo decía en serio, negó con la cabeza y volvió a lo suyo.

—Representa que deberías conocer todos los detalles, capitana. Estas maravillas tecnológicas, aparte de ser indestructibles y mantener la temperatura con una precisión increíble, también son extremadamente fáciles de extraer y mantener —dijo Satoshi, abriendo una tapa más pequeña—. Creo que podríamos apañar alguno de nuestros trajes para que pudiera aguantar la temperatura unos segundos más, pero eso significa que si el que sale muere, los que se queden aquí mueren también.

—Moriremos igualmente si no hacemos nada —le dijo Helen—. Ponte con ello.

—Lo tendré listo en unos minutos —dijo Satoshi. Helen le dio un par de palmadas en el hombro y se levantó, pero al girarse, Satoshi la cogió por el brazo—. Helen, necesito saber quién va a salir para adaptar el traje.

—Prepara el mío —respondió Helen sin pensarlo dos veces, y se acercó de nuevo a su asiento, el central, para observar la invasión junto a Aleksandr, que se había acurrucado en su silla.

Su caza iba rotando, pero enfocase la dirección que enfocase, el panorama era el mismo. Infinitos calamares mecánicos dirigiéndose todos hacia la misma dirección, como peces que viajan por una corriente en el océano. De vez en cuando aparecía la Tierra delante suyo, agotando sus últimos recursos para intentar defenderse. Otras veces veían la medusa gigante, que parecía que se acercaba poco a poco al planeta.

—En el fondo nos lo merecemos —dijo Aleksandr—. ¿Con cuántas especies hemos acabado los humanos? Era cuestión de tiempo que nos hicieran lo mismo a nosotros, y no tenemos ningún derecho a quejarnos.

—Tienes razón, no tenemos derecho a quejarnos —dijo Helen—. Pero sí que tenemos derecho a luchar por los nuestros.

—Déjame tranquilo, Helen, ya he aceptado mi destino —le pidió Aleksandr.

—¿Entonces por qué nos has ayudado antes? —le preguntó la capitana—. No me creo que seas un perdedor, Aleks, simplemente tienes miedo.

—No sabes nada de mí.

—¿Por qué te alistaste? —le preguntó Helen.

Aleksandr la miró, pero volvió a mirar hacia el vacío y no dijo nada.

—Si vamos a morir, al menos quiero saber al lado de quién lo hago —insistió Helen, sin éxito—. Bien, empezaré yo. Soy...

—Sé quién eres. Todo el mundo conoce tu apellido, capitana Aldrin —la interrumpió Aleksandr.

—Como iba diciendo —dijo Helen, retomando el mando de la conversación—. Soy la bisnieta del segundo hombre que pisó la Luna, y la hija del comandante de la Shorai IX.

Los ojos de Aleksandr se abrieron como platos.

—Creía que sabías quién soy —dijo Helen, guiñándole el ojo—. Ya que vamos a morir, no tiene sentido seguir guardando el secreto.

Aleksandr se giró y vio que Satoshi seguía trabajando con el traje de Helen en el suelo, como si nada.

—Satoshi ya lo sabía, ha sido mi compañero desde antes de que cerraran la NASA —le aclaró Helen, sonriendo mientras miraba a Satoshi trabajar. Se volvió a girar y miró de nuevo a Aleksandr—. Si tienes alguna pregunta, dispara. Responderé las que sepa.

Asombrado, Aleksandr asintió enérgicamente.

—¿Por qué abordaron esa nave? ¿Las misiones Shorai no eran originalmente misiones de exploración?

—Nunca me lo han contado —respondió Helen—. Aunque te puedo asegurar que mi padre era el hombre más prudente del mundo, jamás habría hecho algo así sin una buena razón.

—¿Conociste a tu bisabuelo? —le preguntó Aleksandr.

Helen asintió.

—¿Te contó cómo fue el primer viaje a la luna? —preguntó—. Nunca he llegado a entender por qué no explotaban más frecuentemente esas chatarras en las que volaban.

—No le gustaba hablar del tema, la verdad —dijo Helen—. Era un hombre sencillo que no soportaba la fama que inevitablemente consiguió.

A ojos de Helen, Aleksandr parecía un niño que acababa de conocer a su ídolo. Era tal su excitación que se había olvidado completamente de los cientos de miles de naves enemigas que estaban a punto de destruir su planeta.

—¿Y...? —empezó Aleksandr, pero Helen levantó la mano para que se detuviese.

—Creo que ahora me toca a mí, Aleks —le dijo Helen—. ¿Por qué te alistaste?

Aleksandr parecía estar luchando contra algo internamente. Finalmente, miró a Helen a los ojos.

—Por comida —dijo, mirando hacia abajo de nuevo, avergonzado—. En mi sector nos prometieron que si nos alistábamos, cuidarían de nuestras familias hasta que volviésemos.

—¿Y a qué te dedicabas antes? —le preguntó Helen.

—Creía que despreciábais a los que son como yo —dijo Aleksandr—. A los ‘necesitados’.

—¿Por? —preguntó Helen—. Estamos en guerra, Aleks. Cualquiera par de manos capaces de pilotar uno de estos es bienvenido.

Aleksandr asintió lentamente, perplejo.

—¿Qué hacías antes de esto? —preguntó Helen de nuevo.

—Era electricista —contestó Aleksandr—. Trabajaba en el mantenimiento del cableado doméstico en mi sector.

—Interesante —susurró Helen, riéndose.

—¿Qué es interesante? —preguntó Aleksandr.

—Satoshi y yo estuvimos más de veinte años estudiando y preparándonos física y mentalmente para conseguir llegar hasta aquí —dijo Helen—. Me parece gracioso que un simple electricista de uno de los sectores pobres no tardase ni cinco meses en llegar a la misma posición.

—¡Oye! —protestó Aleksandr—. Te recuerdo que este simple electricista ha tenido la única buena idea de la nave.

—Lo sé, lo sé —dijo Helen—. Solo me reía de la situación, nada más.

—¿Alguna pregunta más, capitana? —preguntó Aleksandr.

—Solo una. ¿Qué quieres hacer cuando vuelvas a la Tierra?

Aleksandr se quedó perplejo de nuevo.

—¿Qué...?

—Que qué quieres hacer al volver —repitió Helen—. ¿Cuál es tu sueño? Porque es evidente que no es estar en el espacio luchando contra un montón de calamares alienígenas.

A Aleksandr se le escapó la risa por primera vez desde que se conocían.

—Si tanto quieres saberlo... Siempre he querido abrir un restaurante con mi hermano.

Helen sonrió y asintió.

—Entonces lucha por ello, aunque yo no esté.

—Helen, está listo —la avisó Satoshi.

Antes de levantarse, Helen echó un último vistazo al exterior. Dio la casualidad que en ese momento la nave estaba girada hacia la medusa gigante, que ahora estaba mucho más cerca que antes y casi desprotegida. Las naves pequeñas que la escoltaban estaban concentradas en el asedio a la Tierra.

—Analizad esa nave mientras estoy fuera —dijo Helen, señalando hacia la medusa. Se acercó a Satoshi, que empezó a colocarle el traje modificado—. Si conseguimos arrancar este montón de chatarra, la atacaremos.

—En... ¿en serio? —preguntó Aleksandr, levantándose de su silla.

—No sabemos cómo son —dijo Helen, calzándose las botas del traje y subiéndose los pantalones—. Quizás esa gran nave controla a todas las pequeñas, o quizás no, pero estoy segura de que si la destruimos les vamos a hacer daño. Además, no esperarán un ataque desde aquí.

—Esto va delante —dijo Satoshi, acoplando una especie de bolsa en la parte superior del traje—. Cuando lo cierre, vas a notar un poco de presión y el traje se va a hinchar. Es importante que no lo pinches por ningún lugar, o el climatizador no podrá contrarrestar el frío de fuera y se romperá.

Satoshi, que ya tenía su traje puesto, se agachó de nuevo y retiró algunos tornillos dentro de la pequeña compuerta que había abierto en el suelo.

—Aleksandr, ponte el traje, lo necesitaremos en cuanto extraiga la caja central del climatizador.

Cuando estuvieron listos, levantó una pequeña caja negra desde dentro del pequeño compartimento. En uno de los lados había un ventilador girando, y en otro se leía ‘AeroTosh’, la marca del fabricante. Satoshi lo fijó a unos enganches que había instalado en la nueva sección del traje de Helen, y lo selló. La escafandra se hinchó al instante.

—¿Lista? —le preguntó Satoshi, sellándole también el casco.

—Tengo las herramientas y la goma, así que sí, lista —respondió Helen.

—No perdamos más tiempo entonces —dijo Satoshi. Era impresionante lo rápido que bajaba la temperatura sin ese cacharro funcionando—. Aleks, ¿listo?

Aleksandr asintió.

—Estate preparado para encender la nave cuando termine —le ordenó Helen y, sin decir nada más, se metió en la cámara de descompresión y cerró la compuerta.

—Ahora todo depende de ella —dijo Satoshi, volviendo a su sitio—. Ya la has oído, preparémoslo todo.

Aleksandr se fijó en que las manos de Satoshi temblaban mucho, pero se concentró en su parte. Debían de tener la medusa a pocos minutos, pero no lo sabían del todo cierto ya que en ese preciso momento su nave apuntaba hacia la Tierra, que parecía un pequeño trozo de carne rodeado de hormigas que se lo intentan comer.

Apartando la mirada e intentando recordar lo que le enseñaron durante la formación, Aleksandr se aseguró de que toda su parte estaba lista para cuando Helen consiguiese reparar el cable.

—¿Cuántos de los nuestros seguirán luchando? —preguntó Aleksandr al terminar.

Satoshi no contestó.

—¿Satoshi...? —dijo, pero al girarse hacia su compañero vio que estaba apoyado contra el respaldo de la silla sin moverse. Aleksandr se acercó rápidamente, pero al llegar a su lado e intentar moverle no pudo, estaba completamente rígido—. ¡Satoshi! —gritó, sin entender muy bien lo que había pasado. Él también notaba el frío, pero no era suficiente ni mucho menos como para provocar algo así. Al fijarse un poco, se dio cuenta de que faltaban muchas piezas en el traje de Satoshi, que probablemente había usado para el sistema de sujeción del AeroTosh para Helen.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Aleksandr, golpeando el reposabrazos, pero antes de que pudiese volver a golpear se encendieron todos los sistemas de la nave. El ruido y la luz le cogieron por sorpresa, pero reaccionó rápido y se aseguró que la parte de Satoshi estaba lista antes de dirigirse a la compuerta para la reentrada de Helen.

Esperó allí varios segundos, mientras la nave seguía girando en ese mar de escombros. Como Helen no llegaba, volvió a su puesto justo a tiempo para ver el cuerpo de su capitana alejarse flotando inmóvil hacia el negro vacío que había entre la Tierra y la gran medusa.

Entumecido, Aleksandr se movió de forma automática y se sentó en el lugar de Helen, la única silla con los mandos para pilotar el caza. Conocía los protocolos, pero nunca había pilotado uno, no había tenido tiempo. Siguió de cabeza todas las indicaciones que recordaba y encendió los motores.

—¿Primero me devuelves las ganas de luchar y ahora me abandonas? —dijo en voz alta, mirando por última vez el ya diminuto cadáver de Helen Aldrin—. Espérame, no tardaré en seguirte.

Usando los propulsores, giró la nave para encararse a la medusa, que para su sorpresa estaba pasando por su lado. No parecía tener ningún punto débil, así que Aleksandr decidió llevar el caza hacia la parte delantera, donde esperaba encontrar algún tipo de cabina.

—Pues era cierto, han dejado la nave desprotegida —dijo Aleksandr, antes de darse cuenta de que estaba solo en la cabina.

Adelantó la gran nave y se situó delante, desde donde pudo identificar un par de hangares gigantes y un gran cristal redondo en la parte superior. Ese tenía que ser el puente de mando.

Echó un último vistazo a la Tierra, su hogar, y llevando los propulsores al máximo, se dirigió como una flecha hacia ese punto. Dos enormes tentáculos empezaron a moverse hacia él en cuanto le detectaron, pero ya era demasiado tarde, el caza pilotado por Aleksandr se movía demasiado rápido.

El electricista aprovechó sus últimos instantes para dejarse maravillar por la tecnología alienígena. Por cómo se movían, las paredes parecían orgánicas, igual que los tentáculos, pero el color era metálico.

Como hacía rato que había aceptado que iba a morir, ese final no se le hizo nada duro, y en el último momento, justo antes de chocar contra el cristal miró a través, y lo que vio lo hizo sonreír, aunque no tuvo tiempo de hacerlo.

La medusa gigante, la nave que estaba a punto de destruir la Tierra, estaba tripulada por humanos.